

Concurso Anual Literario UCSF 2023 – Categoría A (Estudiantes)

Segundo Premio: “Cómo mirar a alguien y perderse en el intento” de Morena Agostini

Cómo mirar a alguien y perderse en el intento

“Y así se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice:
Por más que oigan no comprenderán. Porque el corazón
de este pueblo se ha endurecido, tienen tapados sus oídos
y han cerrado sus ojos, para que sus ojos no vean,
y sus oídos no oigan, y su corazón no comprenda,
y no se conviertan, y yo no los cure”.

Mt. 13, 14-16.

Debe comprender que surgirán consecuencias a partir del momento en que comience a observar. Las contraindicaciones aquí detalladas no son mortales; sin embargo, está avisado. Consulte a su conciencia antes de seguir las instrucciones. No nos haremos cargo de reacciones tales como extrañamiento, crisis existenciales, dudas, incomodidad, entre otros. Aún no se sabe cómo solucionar estos síntomas desde el exterior, así que puede intentar con un examen interior. Ya sabe, con usted mismo. De lo contrario acérquese a un especialista.

Comience por encontrar un cuerpo humano. Se caracterizan por poseer cuatro extremidades articuladas a un tronco. Cuidado, no confunda el tronco de un árbol, de características cilíndrica y marrón, con el tronco humano. De aquel tronco saldrá una figura similar a un óvalo que contiene en el centro dos orificios utilizados para respirar denominados fosas nasales, los cuales forman parte de la nariz. Debajo, una abertura dentada esencial para la alimentación, la boca. Por encima de la boca y la nariz, los ojos. Son dos esferas pequeñas insertadas en la cabeza, recubiertas parcialmente por una delgada capa de piel que se cierra y abre para lubricar los ojos que permiten la visión. En los costados de la cabeza, a la altura de los ojos y la nariz, verá unas protuberancias prácticamente ovaladas. Adentro contienen diversas curvas. Túneles que hacen de paneles a las orejas. Aún faltan detalles, sin embargo, a esta altura ya habrá reconocido a una persona.

A partir de esta descripción y su observación, usted podrá distinguir entre los distintos tipos de nariz, boca, ojos y orejas. A pesar de que todos los humanos poseen más o menos los mismos componentes, no son todos iguales.

Ahora que ya ha diferenciado a alguien que no es usted, olvide este límite. Olvide que está observando a otra persona desde la distancia. Fúndase en sus pestañas, en la sombra que forman los pliegues naturales de su piel. Olvide que el rojo en las mejillas es rojo, que son mejillas y que son piel. Olvide las palabras. Los nombres.

En menos de cinco segundos de observación notará de inmediato una resistencia propia de su ego. Límitese a no limitarse. Deje fluir sus pensamientos, así como dicen, la montaña no retiene a las nubes. Aprecie una a una las hebras de cabello para nada lisas, ni planas; afectadas por el aire. Preste esencial atención a la posición de manos, hombros y pies. Si vuelve a ser consciente de su propia presencia notará que ha empezado a copiar, de manera inconsciente, el esquema de su persona espejo. No se preocupe, es un efecto colateral de la observación profunda, no tiene solución puesto que afectaría el método.

No realice juicios de valor. Podrá pensar: ¡Qué horribles uñas! O: ¡Qué hermosos ojos celestes! Pero recuerde que este instructivo se circunscribe a la observación y no al juicio personal que pueda hacer sobre tal o cual parte de un sujeto. Mediante esta técnica, usted no verá narigones, orejudos, despeinados, discapacitados, flacos o gordos. No verá ninguno porque no existen las palabras durante esta observación. A modo de último consejo, lo importante aquí no es el tamaño, por ejemplo, de las orejas. Tampoco si las manos están llenas de tierra o no, si hay mugre debajo de las uñas. Vea más allá, piérdase en las curvas mortales, en la luz haciendo brillar la piel, en el espacio que conforma el entrecejo. Piérdase en un par de ojos, en las arrugas de una mano, en el color de una nariz helada. Cuando no note que esté perdido, puesto que no nota nada en absoluto, estará efectivamente perdido.

No hace falta perderse en un cuerpo humano. Cualquier objeto que sea parte de la existencia es oportuno para olvidarse de usted mismo. Los palitos de la yerba dando vueltas en el mate, el sonido de una canilla goteando; quizás el movimiento de las ramas de un árbol en un día ventoso, los pliegues de la cortina, las ruedas de un auto girando, el vapor saliendo del café. Ya habrá imaginado o visto aquello en lo que se pierde.

Pasada la observación puede proceder, o no, a la acción. Escúchese bien en esta parte, a lo mejor no hay que guardar la acción para después, para mañana, para cuando tenga tiempo. Déjese tocar por

el viento, irse flotando en los arabescos del vapor, desdibujar los límites de la piel en un abrazo, sonreír con otra sonrisa.

¡Ya basta! Ha comprendido el mecanismo, no hay mecanismo. Hay inmensas posibilidades para conectar. Destroce el sistema que he creado. No se ate a los pasos. ¿Cuánto cuesta tirar al aire las instrucciones y crear su propia receta? Sin siquiera proponerse crear una nueva, seguro ya lo está haciendo. Si mis ojos no ven igual que los suyos. Hay un tiempo y un espacio que no son iguales para ninguno. Dice Borges, a la vez que cita a Heráclito en sus charlas en la Universidad de Belgrano: “Nadie baja dos veces al mismo río porque las aguas cambian, pero lo más terrible es que nosotros somos no menos fluidos que el río. Cada vez que leemos un libro, el libro ha cambiado, la connotación de las palabras es otra”. Rescato este fragmento de las aguas de la literatura para cambiarle las latitudes. Cada vez que miramos a alguien, esa persona ha cambiado, y la connotación de lo que la hace *esa persona* es otra.

Por eso, ¡mire! Mire a su alrededor. Pero observe profundo, deje las letras a un lado. Conéctese con lo importante, usted sabrá qué es lo importante sin que lo nombre. Existen detalles ínfimos esperando ser observados. Infinidad de rostros que hablan, cuerpos que dicen. Ni siquiera hace falta buscar. La vida nos sorprende de pronto, observados por cosas que no vemos hasta que abrimos el alma.